

NUNTIA



EDICIÓN
ESPECIAL

REVISTA ONLINE DE LA
CONGREGACIÓN MISIONERA

Ján Havlík

Una vida en misión “en la patena del amor”



El 31 de agosto de 2024 se celebra en Šaštín, Eslovaquia, la beatificación del siervo de Dios Ján Havlík, seminarista de la Congregación de la Misión, reconocido como mártir de la fe.

Ján Havlík - Janko, como le llamaban sus amigos - fue el hombre de la fidelidad y la perseverancia, hasta el final. Ante todo, fidelidad a Cristo y a su sí a la vocación sacerdotal y vicenciana; fidelidad en el abandono confiado a la voluntad de Dios; fidelidad inquebrantable a la Iglesia y al Santo Padre; fidelidad en el anuncio del Evangelio, en el apostolado y en la caridad; fidelidad en el trabajo; fidelidad en la aceptación y el abrazo al sufrimiento; fidelidad a sus compañeros en la justicia y la verdad; fidelidad en el perdón.

Janko nació el 12 de febrero de 1928 en el pueblo de Vlčkovany (actual Dubovce), el mayor de cuatro hermanos. La familia vivía en la extrema pobreza, e incluso de niño tuvo que hacer sacrificios para asistir a la escuela. En 1943, a la edad de quince años, maduró su opción vocacional: quería ser sacerdote y misionero lazarista, para anunciar el amor de Dios a los pobres. Se trasladó a Banská Bystrica, en el corazón de Eslovaquia, para asistir a la Escuela Apostólica (el equivalente a un seminario menor) de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl. En 1948, el golpe comunista complicó la situación no sólo para la educación de Janko, sino también para la Iglesia católica de Eslovaquia, a la que el nuevo régimen consideraba enemiga del pueblo.

En 1949, el régimen comunista intensificó sus esfuerzos por dismantelar las iglesias cristianas de Checoslovaquia, centrándose en la Iglesia católica, considerada reaccionaria y servil a las potencias capitalistas por su lealtad al Vaticano. En 1950, tras el fracaso del intento de crear una Iglesia estatal, el régimen planeó eliminar del país las órdenes religiosas masculinas y femeninas. Los vicentinos fueron golpeados la noche del 3 al 4 de mayo de 1950: el novicio Ján Havlík, junto con sus compañeros, experimentó la deportación, la reeducación comunista y los trabajos forzados.

Tres meses después, pensando que la «reeducación» había dado sus frutos, el régimen envía a todos a casa. Pero Janko es y sigue siendo firme en su lealtad a Cristo y a la Iglesia. A pesar del peligro, junto con algunos hermanos, asiste a un seminario clandestino, firme en su deseo de hacerse sacerdote. Los cursos se impartían por las tardes, para mantener una apariencia de normalidad mientras trabajaba durante el día. Sin embargo, el 28 de octubre de 1951, la policía secreta hace una redada y detiene a todos los presentes, que permanecen prisioneros durante quince meses, caracterizados por la violencia y la tortura, antes del juicio que tiene lugar entre el 3 y el 5 de febrero de 1953. La acusación es de «alta traición dirigida a derrocar nuestro sistema de democracia popular».

La sentencia es muy severa: Ján Havlík es condenado a catorce años de prisión, más tarde reducidos a diez. Es etiquetado como MUKL (muž určený k likvidácii, hombre destinado a la eliminación). Firme en su entrega a la voluntad de Dios, le dice a su madre: «Queríamos ofrecer a Dios el sacrificio más sagrado y ahora le ofrecemos nuestras vidas en la patena del amor».

Janko es enviado a los campos de trabajo, obligado a extraer uranio sin protección. A pesar de toda la angustia, incluso en los momentos más oscuros, es fiel a la misión, dedicándose incansablemente a ayudar a sus camaradas, en el plano material y espiritual. Su rasgo característico es su sonrisa, que no abandona su rostro ni siquiera durante su encarcelamiento. «Con su sonrisa irradiaba paz y esperanza», atestigua un compañero de prisión.

Fiel a la llamada del Señor, incluso en prisión profesa los valores cristianos y no oculta su vocación. Esta convicción le convierte en un objetivo. Le golpean, le encierran, le aíslan durante meses, le obligan a realizar los trabajos más duros (que -como señalan los propios carceleros- siempre realiza con precisión y lo mejor que puede, incluso cuando ya no tiene fuerzas físicas), le interrogan brutalmente a todas horas del día y de la noche. Sus amigos, al verle sufrir, le aconsejan que sea menos rígido en su compromiso misionero, pero para él no hay concesiones cuando se trata de ser fiel a su compromiso de proclamar el amor de Dios y ayudar a sus hermanos.

Debido a esta perseverancia, es acusado de nuevo de delitos contra el Estado y en 1959 es condenado a otro año de prisión: su actividad misionera se considera incompatible con la «libertad religiosa» proclamada por la constitución checoslovaca.

El último periodo de encarcelamiento es el más difícil. Especialmente en 1958, como recuerda en sus memorias, las torturas, tanto físicas como psicológicas, ponen a prueba su fe inquebrantable. Janko pasa por una experiencia de profundo desconcierto espiritual de la que consigue salir en total fidelidad a la voluntad de Dios, comprometiéndose a vivir «cada movimiento, acto, suspiro o respiración como una oración».

Ingresó en prisión a los 23 años y fue puesto en libertad el 23 de octubre de 1962, cuando tenía 34 años. Su estado de salud está comprometido y debilitado por once años de sufrimiento físico y mental, pero en la notificación de excarcelación, las autoridades señalan que «no puede decirse que la condena haya logrado su objetivo de reeducación». El tiempo, el sufrimiento, la humillación y la persecución no han logrado debilitar su fe.

Pasó los tres últimos años de su vida en casa de su madre, dedicando las pocas fuerzas que le quedaban al apostolado, acompañando a los niños a su Primera Comunión, visitando a los enfermos, traduciendo textos religiosos y escribiendo el Vía Crucis de las almas pequeñas, en el que imagina a un niño acompañando a Cristo al Gólgota. Ninguna queja sobre el sufrimiento incesante, el dolor que nunca le abandonaba, ninguna palabra de acusación contra los perseguidores. «Sabía distinguir entre la ideología en sí y los portadores de la ideología», escribe un compañero de prisión. Rechazaba la ideología pero acogía a todo el mundo, incluso a los carceleros.

Janko murió el día de su onomástica, el 27 de diciembre de 1965, festividad de San Juan Evangelista, a la edad de 37 años, un seminarista de la Misión que ofreció el sacrificio de su vida.

Ján Havlík encarna plenamente lo que el Papa Francisco escribió en la *Evangelii gaudium*: «Soy una misión en esta tierra, y por eso estoy en este mundo». Fue un discípulo misionero allí donde le colocaron. En la oscuridad de los pozos y túneles de las minas participaba en misas clandestinas, ayudaba a preparar y distribuir la Eucaristía, 'como en una misión', decía, 'porque un lugar mejor y más difícil para una misión no podría haberlo imaginado ningún misionero'.

En nuestra cultura de lo provisional y lo efímero, Janko es un testimonio de fidelidad y perseverancia. También para la vida consagrada, donde -como repite el Papa Francisco- la fidelidad se pone a dura prueba. Soy una misión para la vida de los demás: su vida, ofrecida «sobre la patena del amor» es, en particular para toda la Familia Vicenciana, una oportunidad para renovar la fidelidad a Cristo, a la Iglesia, al Santo Padre.

P. Serhiy Pavlish, C.M.
Postulador General

JÁN HAVLÍK

Rayo de sol para la humanidad Homilía de Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Marcello Semeraro

BASÍLICA DE LOS SIETE DOLORES DE LA
VIRGEN MARÍA, ŠAŠTIN (ESLOVAQUIA)
31 DE AGOSTO DE 2024



Durante el rito de beatificación celebrado al comienzo de esta Santa Liturgia y luego al escuchar la Palabra de Dios, resonó en mi memoria la expresión del Prefacio de los Mártires, que dice: «Eres tú, oh Padre, quien revelas tu poder en los débiles y das la fuerza del martirio a los impotentes». Esto, que se aplica a todos los mártires, es particularmente evidente en el beato Ján. Un testimonio dice de él que era una persona equilibrada y alegre, jovial en compañía, abierta y atenta a las necesidades de los demás; sin embargo, tras su detención, su salud se deterioró gradualmente. Esto se debió tanto al duro y pesado trabajo al que fue sometido como al persistente aislamiento, los graves malos tratos y las numerosas torturas que soportó. Murió tres años después de su liberación, en total abandono a la voluntad de Dios y perdonando a sus perseguidores. «Eres tú, oh Padre, quien revelas tu poder en los débiles y das a los impotentes la fuerza del martirio».

En la primera lectura escuchamos las palabras del apóstol Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Acaso la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?» (Rom 8,35). Es el amor de Cristo la fuerza que nos hace vencer la debilidad, la energía que nos hace vencer el miedo, la luz que nos hace vencer las tinieblas. San Agustín exclamó: 'He aquí gracias a quien luchaste, he aquí gracias a quien te esforzaste, he aquí gracias a quien no fracasaste, he aquí gracias a quien venciste' (Serm. 297, 4, 6: PL 38, 1362). Y en otra ocasión dijo: 'Es en la esperanza donde un mártir puede repetir las palabras de San Pablo. La esperanza, en efecto, da consuelo a lo largo del camino. El caminante, cuando se afana en el camino, soporta el cansancio precisamente porque espera alcanzar la meta. Arrebátale la esperanza de alcanzarla e inmediatamente se derrumba la posibilidad de seguir adelante' (Serm. 158, 8: PL 38, 866).

Lo que deseo subrayar, queridas hermanas y hermanos, es que el beato Ján Havlík fue un hombre de esperanza, y lo ha sido desde el principio. Fue la virtud de la esperanza lo que hizo crecer su vocación y lo sostuvo. Un signo de esperanza, de hecho, es ya la elección de ser discípulo de San Vicente de Paúl. Este santo, de hecho, es el nombre de la esperanza para los pobres, para los que sufren, para los abandonados.

Solía decir que es necesario «imitar la luz del sol, que ilumina y calienta y, aunque pasa por encima de las cosas impuras, no se ensucia» (Reglas para los misioneros, IX, 2). Nuestro Beato conocía ciertamente estas palabras y era verdaderamente un rayo de sol para quienes le conocían. 'Era extraordinariamente amable', dijo un testigo. - Tenía una alegría silenciosa en su interior... Podías ver que irradiaba una profunda vida espiritual'. Otro testigo afirmó: 'El amor al prójimo es un aspecto que yo describiría como una característica definitoria de su personalidad'. Ján manifestaba su profundidad espiritual de la forma más intensa posible al compartir su sufrimiento, al motivar a los demás a la esperanza a pesar de experimentar muchas dificultades'.

Conocemos las razones por las que fue aislado, sometido a trabajos inhumanos, duros interrogatorios, torturas físicas y psicológicas. No fue el único. En la Positio finalizada para la Causa sobre el martirio, se recordaba que durante su encarcelamiento nuestro Beato conoció al sacerdote salesiano Tito Zeman, que también fue beatificado en 2017.





Fue víctima de un régimen que quería destruir el fenómeno religioso y en particular la Iglesia católica y sus ministros. En los testimonios también se dice que durante su encarcelamiento nuestro Beato copió por las noches, escribiendo con un lápiz y haciendo copias también para otros, el Humanismo Integral de Jacques Maritain, filósofo francés a quien Pablo VI describió como un «maestro en el arte de pensar, vivir y rezar». ¡Unas 350 páginas! Me pregunté por qué había emprendido una tarea tan laboriosa e incluso arriesgada. Encontré en esa obra páginas que describen la situación que vivía Ján Havlík. La verdad -leí allí- es que se trata de una persecución disfrazada; en realidad es una lucha contra Dios, de exterminio de la religión obra de destrucción espiritual. Lo esencial es mantener cautiva la palabra de Dios (cf. ed. it. Borla, Turín 1963, p. 129). A todo esto nuestro Beato opuso la fidelidad a Dios, la fidelidad a su propia vocación, su opción de caridad hacia el prójimo. Perseveró en su vocación incluso durante su cruel encarcelamiento, dijo el Papa Francisco en su Carta Apostólica de Beatificación.

Este modelo de fidelidad se propone hoy oficialmente, ciertamente a la Iglesia eslovaca, pero también a todos los cristianos y, quisiera añadir, a todos aquellos que trabajan en favor de la dignidad humana y de la libertad de conciencia. Ahí radica la actualidad de esta beatificación, ya que en muchos casos e incluso en contextos diferentes es difícil, a veces heroico, permanecer fiel a Cristo. Las palabras de Jesús, escuchadas durante la proclamación del Evangelio, siguen siendo válidas: «Quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, la salvará» (Lc 9,24). San Gregorio Magno explicaba: «Es como si se dijera al agricultor: si guardas el grano para ti, lo pierdes; si, en cambio, lo siembras, haces que se renueve y crezca. Pues, ¿quién no sabe que, cuando se siembra, el grano muere a la vista y cae en la tierra? Pero donde se pudre en la tierra, allí brota y se renueva. Esto es también lo que sucede en los tiempos de la Iglesia: existe el tiempo de la persecución y el tiempo de la paz. El tiempo de la persecución es el tiempo en que se pierde la vida» (cf. Homiliae in Evangelia, 32, 4: PL 76, 1235).

Jesús, sin embargo, completa diciendo: 'quien pierda su vida por mí, la salvará'. Esta fue muy pronto la convicción de todos los que conocieron a Ján Havlík y la fama de su martirio pronto se extendió más allá de las fronteras territoriales. Hoy, la Iglesia lo reconoce y lo acaba de confirmar en palabras del Papa: Ján Havlík «fue un fiel discípulo del Señor Jesús, a quien ofreció generosamente su vida, perdonando a sus perseguidores. En los gestos del don y del perdón se asemeja también a Cristo Jesús, bendito por los siglos. Amén.

La prisión, lugar de misión

Saludo del Superior General P. Tomaz Mavrič al final de la misa de beatificación 31 de agosto de 2024

Eminencia Reverendísima,
Excelentísimo Nuncio Apostólico y Obispos aquí
presentes,
Representantes del Estado Eslovaco,
queridos sacerdotes, hermanos y religiosos...
Queridos hermanos y hermanas

Al término de la celebración eucarística en la que ha sido proclamado beato JÁN HAVLÍK, seminarista de la Congregación de la Misión, quisiera dar voz al sentimiento de gratitud que se eleva desde esta asamblea, desde la Iglesia en Eslovaquia y desde toda la Familia Vicenciana, que se ha unido en oración a este momento de oración, alegría y celebración.

En primer lugar, una profunda acción de gracias al Señor, que ha asociado a sí mismo en el don de su vida a uno de nuestros hermanos: es un privilegio, una gracia sorprendente dar la vida por Cristo y por el Evangelio.

Desde esta tarde, esta Iglesia local y la gran Familia de San Vicente de Paúl, pueden contar entre las muchas historias de vidas entregadas, la de Janko, que la Iglesia nos indica como ejemplar, una historia a la que mirar para crecer en santidad.



Janko fue fiel a la llamada del Señor, siempre, sin ocultar nunca su amor a Jesús y a la Iglesia, su vocación sacerdotal y misionera. Esta perseverancia en el amor hizo de él un mártir: un mártir de la fidelidad.

Vivió la llamada a ser discípulo misionero allí donde el Señor le puso. Sin buscar excusas, coartadas. Así, la cárcel, donde fue encarcelado a causa de su fe, fue el lugar donde vivió la misión, «porque -decía- ningún misionero podría haber imaginado un lugar mejor y más difícil». Y, sin poder cumplir su deseo de ser sacerdote, ofreció su vida por todos 'en la patena del amor'.

En nombre de todo el Movimiento de la Familia Vicenciana, reitero nuestro agradecimiento al Santo Padre por haber hecho otro don a la Iglesia. Un don, que significa también la responsabilidad de dejarle hablar a nuestras conciencias de creyentes, de darle a conocer para que la certeza de que la santidad es posible, sea accesible a todos, siempre, de que la fidelidad al Amor es posible.

Gracias, Eminencia, Card. Marcello Semeraro, Prefecto del Dicasterio para las Causas de los Santos, que ha presidido hoy el rito de beatificación por mandato del Santo Padre Francisco, tras haber seguido y acompañado el proceso previsto del procedimiento.

Mi gratitud a todos los miembros del episcopado eslovaco, a los sacerdotes, a los hermanos y hermanas vicencianos, a los laicos vicencianos y a todos los que han contribuido a la organización de esta celebración. Que el Señor nos conceda la fidelidad, la perseverancia y la audacia de ser siempre discípulos misioneros, para que el lugar donde vivimos sea para cada uno de nosotros el mejor lugar para anunciar el amor y la alegría del Evangelio.

Beato JÁN HAVLÍK, ¡ruega por nosotros!

Sentimientos de gratitud

Saludo del Superior General P. Tomáš Mavrič al final de la misa de acción de gracias por la beatificación Bratislava 1 de septiembre de 2024

Excelentísimo Reverendísimo, Mons. Stanislav Zvolensky,
Arzobispo Metropolitano de Bratislava,
Querido Tomas, Visitador de la Provincia Eslovaca de la Congregación de la Misión,
Queridos sacerdotes, hermanos y religiosas...
Queridos hermanos y hermanas...

Ayer, en Šaštín, fue beatificado Ján Havlík, seminarista de la Congregación de la Misión. Janko -como le llamaban sus amigos- fue proclamado como el hombre de la fidelidad y la perseverancia. Esta perseverancia en el amor hizo de él un mártir: un mártir de la fidelidad. Fidelidad a Cristo y al sí a la vocación misionera en la Congregación de la Misión.

Al final de la celebración eucarística de acción de gracias por el don del beato Ján Havlík, quisiera dar voz al sentimiento de gratitud que surge de mi corazón hacia el Señor, que ha asociado a sí mismo en el don de su vida a uno de nuestros hermanos. Quisiera renovar mi gratitud a Su Excelencia Reverendísima Monseñor Zvolensky, a usted querido Tomáš, a los sacerdotes, a los cohermanos y hermanas, a los laicos vicencianos y a todos los miembros del Movimiento de la Familia Vicenciana, así como a todos los que han contribuido a la organización de la solemne Beatificación.



Estamos viviendo un momento extraordinario de gracia: tenemos un joven seminarista proclamado beato y en este preciso momento se nos presenta una oportunidad extraordinaria para darlo a conocer no sólo a la Iglesia de Eslovaquia, sino poco a poco a toda la Iglesia universal. Para ello, sin embargo, necesitamos colaboradores. Por ello, invito a todos los miembros de las distintas ramas de la Familia Vicenciana a dirigirse en oración al Beato Janko Havlík, para que el Señor nos envíe obreros a su mies y para que su ejemplo brille más.

Que el Señor nos conceda la fidelidad, la perseverancia y la audacia de ser siempre discípulos misioneros, que el ejemplo del Beato Ján Havlík no sólo nos inspire, sino que nos anime no sólo a guardar para nosotros el don de su vida y de su martirio, sino también a compartirlo con los demás.

Beato Ján Havlík, ¡ruega por nosotros!

Las reliquias de Ján Havlík



Síguenos en nuestras redes sociales



@CONGREGATIOMISSIONIS



@SUPERIORGENERALCM



@CONGREGATIOMISSIONIS



@JUBILEUM400CM



@CMISSIONIS



@CONGREGATIOMISSIONIS



CONGREGATIO MISSIONIS



NUNTIA@CMGLOBAL.ORG



WWW.CONGREAGTIOMISSIONIS.ORG